



Aquel enfermo es el rey don Felipe II.

TERCERA PARTE:

Estamos en una cámara del monasterio del Escorial.
El relój acaba de marcar las cuatro y tres cuartos de la tarde del domingo 13 de setiembre de 1598.

Poco más de tres años despues de la ejecucion de Gabriel de Espinosa, y casi á la misma hora.

La cámara es sencilla y sombría.

En un ángulo de ella hay un enorme lecho con cortinajes de damasco rojo, en los cuales están bordados los blasones de España y Austria.

En el lecho hay un enfermo casi cadáver.

Aquel enfermo es el viejo rey don Felipe II.

El viejo lobo coronado que muere.

La cámara, en la que hay un altar con reliquias de santos y un crucifijo alumbrado por cirios amarillos, la cámara, decimos, está llena de todos los dignatarios de la córte que asisten á la agonía de los reyes.

Porque la vanidad acompaña á los reyes hasta su lecho de muerte.

III.

El rey moría de una enfermedad repugnante, de pítuita.

Una capa de insectos asquerosos cubría completamente el enflaquecido cuerpo del rey, como si Dios hubiese querido humillar para ejemplo de los vivos á aquel soberbio rey, tocándole con su mano, y cubriéndole con una úlcera más repugnante y más terrible que la lepra de Job.

El cuerpo del mismo rey ardía, devorado por aquella enfermedad horrible.

Y sin embargo, su terrible firmeza de carácter triunfaba del dolor y de la agonía.

El semblante del rey estaba completamente tranquilo.

IV.

Reinaba un profundo silencio en la cámara; pero un silencio en que no había dolor; lo más que había era miedo en los que poseían altos cargos por temor de que el nuevo rey los diese á otros.

V.

De repente aquel silencio se turbó por una ágría disputa tenida á la puerta de la cámara á los oídos mismos del rey moribundo.

Se oía la imperativa voz del estúpido príncipe don Felipe, que muy poco tiempo despues fué el débil rey Felipe III, que creyéndolo ya todo acabado, es decir, creyéndose ya rey, por establecer cuanto antes al ambicioso marqués de Denia, su privado, pedía para él á Cristóbal de Moura, la llave dorada del retrete.

—No ha de ser, señor, mientras el rey viva, contestaba ágríamente Cristóbal de Moura.

—Será, porque os lo mando yo, replicaba más ágríamente el príncipe.

—En tal asunto no obedeceré á nadie mientras viva el rey mi señor, insistía tenazmente Critóbal de Moura.

Y Felipe II lo oía todo, y su semblante no se alteraba.

Sin embargo, aquel era un justiciero castigo de Dios.

Felipe II veía que ya no se le temía; que ya no se le respetaba; que ni aún siquiera se esperaba á que diese fin su dolorosa agonía.

Felipe II se veía destronado, porque vivo aún él, se levantaba delante de él el nuevo rey.

Y los asquerosos insectos seguían devorando el ulcerado cuerpo del rey.

¡Dios! ¡Siempre Dios hiriendo la frente de los soberbios y abatiéndola sobre el inmundo polvo de los sepulcros!

VI.

El rey hizo llamar á Cristóbal de Moura, le mandó entregar al príncipe la llave dorada y que le pidiese perdón.

Despues recibió la Extremauncion.

Luego (acaso el dolor moral y físico no le dejaba sostener la fría impassibilidad que había sido durante toda su vida la única expresión de su semblante, cuando el mundo podía fijar en él sus ojos) volvió las espaldas á su córte y el rostro á la pared.

No sabemos cuál fué entonces la expresión que se pintó en el semblante de Felipe II.

No sabemos si entre la pared y él pasaron terribles y acusadoras las sombras lívidas y macilentas de su hijo el príncipe don Carlos, de su esposa Isabel de Valois, de su hermano don Juan de Austria, de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, de la princesa de Eboli, de Juan de Escobedo, de Lanuza, de Montigni, las de otros ciento, y por último, la de Gabriel de Espinosa.

Y así, vuelto á la pared, espiró.

Había reinado cuarenta y dos años, siete meses y veintiocho días, y había muerto á los setenta y un años, tres meses y algunos días, poco más de dos años después y á la misma hora que EL PASTELERO DE MADRIGAL.

IV
FIN.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN EL TOMO SEGUNDO.

	Páginas.
SEGUNDA PARTE.—Estéfana Barbarigo (continuación).	
CAPITULO I.— En que volvemos á encontrarnos en Venecia para asistir á nuevos é interesantes sucesos.	5
— II.— En que volvemos á encontrar en la plaza de San Márcos á algunos de nuestros personajes.	14
— III.— Un hermano llovido del cielo.	22
— IV.— De lo que dió lugar á que Gabriel de Espinosa diese de estocadas á César Malatesta.	42
— V.— Que sirve de epilogo á la segunda parte.	80
— VI.— Que es la segunda parte del anterior.	94
TERCERA PARTE.—María de Santillana.	
CAPITULO I.— Los dos conventos.	114
— II.— En que se empieza á entrar en lo más grave de nuestra historia.	123
— III.— De cómo se presentó en Madrigal y en su pastelería Gabriel de Espinosa, con lo que le sucedió antes de llegar á ella.	156
— IV.— De cómo se compuso Gabriel de Espinosa para desvanecer por el momento las sospechas de don Rodrigo de Santillana, y en que crece el misterio que rodea á este personaje.	175

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO SEGUNDO.

	Páginas.
1. ^a Se lanzó espada en mano sobre César.	76
2. ^a ¿Qué me quereis?.	110
3. ^a Y leyó lo siguiente.	144
4. ^a Ved lo que para vos me ha entregado nuestro santísimo padre.	222
5. ^a Y arrimó un tal puntapié.	244
6. ^a Alzad, caballeros.	344
7. ^a ¿Cómo te llamas, miserable?	373
8. ^a Hizole acabar de vestir.	520
9. ^a María se hincó de rodillas y le besó las manos.	561
10. Si me habeis conocido alguna ved, vedlo.	632
11. Mirad, le dijo, aquella es una horca.	716
12. Aquel enfermo es el rey don Felipe II.	765



